

aquellos que a él se llegan; el cual sabe dar con el gusto del alma la claridad del cuerpo, como este religioso la vio en el bendito fray Hernando, estando orando y comunicando con Dios. Un hombre, vecino del pueblo de Tlalmanalco, vio muchas veces arrobado y fuera de sí, por espacio de dos horas, a este siervo de Dios y de intento se iba tras él al coro, en acabando de oír su misa; y afirmaba este hombre que cuando estaba en el raptó este santo varón, con ser feo de rostro se le tornaba tan hermoso que era contento mirarle. Morando en la provincia de Xalisco, en tiempo de unos grandes terremotos que hubo en aquella tierra, se cayó el convento de Amaquemecan, donde moraba, y cayó sobre él una viga y mucha tierra, sacáronlo de allí tan molido y quebrantado que de allí a tres días dio el ánima al Señor.

CAPÍTULO LXXVIII. *Vida del venerable padre fray Pedro Oroz y las de fray Francisco de Liñán y fray Francisco de Aiaia*



EL MUY RELIGIOSO PADRE FRAY PEDRO OROZ fue natural de la ciudad de Pamplona, en el reino de Navarra y pasó a estas partes de las Indias, mozo de poca edad, con el cuidado que los demás siempre han venido y vienen de tener riquezas; y aunque es verdad que los hombres trazan los caminos de su vida en la manera que mejor alcanzan, como no saben los fines de ella ni los medios por donde han de llegar a ellos síguenla, como el ciego que va a tienta por un camino que no sabe, y como el que a obscuras entra en un aposento donde para ver tiene necesidad de la luz del sol o de la candela; pero de enmedio de las tinieblas de esta ignorancia sacó el poderoso Dios al dichoso mancebo y dándole por guía la luz con conocimiento de las cosas del mundo, haciéndole entender que siendo ciego, como es, para adestrar a los que en él confían, mal puede guiar a los ciegos hombres que se rigen por él, como Cristo redemptor nuestro lo dice en su Santo Evangelio;¹ trájole al desierto de la religión franciscana, por donde caminan sus verdaderos hijos a la tierra prometida de aquella ciudad soberana y nueva Gerusalén, de quien tanto dice San Juan en su *Apocalipsi*,² para donde todos caminamos haciendo de su celestial gracia columna de fuego con que nos va alumbrando en la noche de esta vida, como en aquellos tiempos antiguos a los de Israel. Tomó el hábito en San Francisco de Mexico donde se crió con aquellos santos y primeros padres en toda santidad y religión. Estudió artes y teología y fue docto en ella. Aprendió las lenguas mexicana y otomí, y en ellas ejercitó mucho tiempo la predicación evangélica y escribió muchos y muy doctos sermonarios, en especial en la mexicana, para todo el año, así del tiempo como de las festividades de los santos. Fue muchas veces guardián de las

¹ Math. 15.

² Exod. 13.

casas principales de la provincia y una de San Francisco de Mexico; y por ser tan esencial fraile fue electo dos o tres veces en difinidor y una en provincial. Vínole la comisión de esta Nueva España; la cual, aunque con muchos ruegos y persuaciones, aceptó, por obviar inconvenientes que de no aceptarla se recrecían; y salió a visitar la provincia de Mechoacan (que entonces era toda una con la de Xalisco o Nueva Galicia) a pie y sin ningún ruido, y lo mismo hizo siendo provincial, porque era varón apostólico; pero como amaba más la quietud de su celda y el regalo de sus libros que la comisión, envió luego a renunciar el oficio con mucha fuerza; y así lo dejó y se volvió al convento de Santiago Tlatelulco donde estuvo algunos años con el cargo del Colegio de Santa Cruz, donde entonces había colegiales de toda la provincia que aprendían gramática y medicina. Era muy pobre, así en su vestuario como en su celda. Seguía la vida común de la religión y los maitines a media noche con los demás religiosos. Deleitábase en la oración mental los ratos que podía hurtar a las ocupaciones de sus oficios los cuales hizo con grande aceptación de los frailes y seglares. Era de mansa y apacible condición y no se turbaba con ninguna cosa de impaciencia. Castigaba con misericordia a imitación de Cristo, que dice por su Profeta: Misericordia quiero y no sacrificio. Y era muy celoso del servicio de Dios y de que todos le amasen y sirviesen. Nunca desfalleció en sus continuos ejercicios, aunque llegó a muy venerable vejez y en ella le dio Dios una enfermedad penosa que le duró por muchos meses; y queriéndole dar el premio que promete a los que fielmente le sirven agravóle la enfermedad, y aunque era grave por ser de descomposición del estómago, siempre el santo viejo la fue tolerando en pie, sin hacer cama y nunca dejaba de decir misa; la cual decía con grandísima devoción y muy atentamente, derramando lágrimas en la consideración de aquellos santos misterios; pero dos días antes de su dichoso tránsito no pudieron los débiles cimientos de los pies sufrir más la carga del terrestre cuerpo; y desflaquecido con la enfermedad se acostó en la cama, después de haber dicho misa; y entrándole a visitar el guardián, entre otras cosas, le dijo que se esforzase; y el enfermo le preguntó que ¿para qué? A lo cual el guardián le dijo, que porque confiaba en Dios que le daría salud y más vida para que le sirviese. A esto replicó el santo viejo, diciendo: no, padre, porque aunque indigno de las mercedes de Dios, ha muchos años que le tengo pedido y suplicado me dé esta enfermedad y sin mirar a mis culpas me la ha concedido, y así tengo de morir de ella. Estúvose este día en la cama; y a la noche del siguiente llamó a un religioso que le acompañaba y díjole con instancia que no le dejase entrar a nadie en la celda, porque no quería que le inquietasen en la comunicación con Dios, por estar ya cerca de ir a darle cuenta y en toda ella estuvo orando los más ratos de ella, porque fueron muy pocos los que tuvo de sueño, y esto con más ahincosos actos de amor que nunca, como aquel que ya más de cerca estaba aguardando el común paso de todos los mortales, para partir de esta vida caduca y breve a la eterna y perdurable, donde el que teme crece más en sus temores, y el que ama se fervoriza más en el amor; y cuando volvía del poco y leve sueño que había

tomado, decía estas palabras: *Convertantur ad te Domine omnes gentes, at diligent te*; las cuales repetía muchas veces y las debía de decir, acordándose de esta niña evangélica que él con los demás obreros del Señor había plantado en esta Nueva España; y sintiendo la falta que algunos tienen de doctrina, donde no es conocido Jesucristo nuestro Señor por la predicación de su Santo Evangelio, y los deseos que siempre tuvo de que fuese uno el pastor y otro el rebaño, y que el extraño y mercenario que es el demonio no tuviese parte en las almas de estos indios, por razón de no ser apacentados con su evangélica doctrina. Y venida la mañana, poco antes de las seis, dijo al compañero que llamase los religiosos del convento y que le trajesen la extremaunción; lo cual se hizo y a media hora después de haberla recibido dio su ánima a Dios. Murió en el convento de Santiago Tlatelulco, donde a la sazón estaba el comisario general que entonces lo era el padre fray Pedro de Pila, y quisieran los religiosos llevar su cuerpo al convento de San Francisco, que está cerca, pero fue tanto el concurso de los naturales y el clamor de que no les quitasen tan santa prenda que, movidos de su devoción y fe, los prelados lo dejaron y lo enterraron con grande solemnidad en la capilla de San Diego de la iglesia vieja. Concurrieron a su entierro todas las tres órdenes mendicantes, sin ser llamados, que sólo tuvieron la vocación de Dios que llama al corazón, para que acompañen y honren los cuerpos de sus siervos. Dijéronse tres misas cantadas; la primera dijo el guardián del convento; la segunda otra persona de mucha dignidad; y la tercera, que fue con la que se enterró, el comisario general fray Pedro de Pila. Fue su muerte poco antes de un capítulo intermedio o congregación que se celebró en el pueblo y convento de Tlalmanalco, año de 1597, por el mes de julio; y habiéndose de hallar en ella como difinidor que entonces era, le escribió el religioso a quien se había dado cargo de hospederero, como ya le tenía celda donde estuviese quietamente, según su espíritu y conforme se le debía a su grave y venerable persona; y dijo luego que leyó la carta: Querrá Dios que antes de ver la celda en Tlalmanalco me haya hecho merced de ver su cara; y así fue que murió a diez días del mes de junio, que fue un mes antes (pocos días más) de cuando se celebró la congregación; y concluyendo con las congregaciones de la tierra fue a ser participante de la de los bienaventurados (según lo creo) en el cielo. Su cuerpo está sepultado en el lugar dicho, aunque como desbaratamos la iglesia vieja, para hacerla nueva, que ahora hice en el mismo pueblo, quedó fuera de ella para después trasladarlo dentro en la grada del altar mayor; lo cual no se ha hecho por estorbos que ha habido, pero es tanta la devoción de los indios y mi cuidado, acompañado de ella, que todos los años el día de la conmemoración de los difuntos le ponen tumba con hábito y muchos blandones de cera y flores y allí se le dice un responso cantado, muy solemnemente, y concurre a él toda la gente del pueblo.

Fray Francisco de Liñán fue natural del reino de Valencia, y fue varón de grande perfección. Pasó a estas Indias con deseo de aprovechar a las almas, en especial se ocupó con los españoles, los cuales trataba y confesaba con tanto amor y caridad, que admiraba a todos los que lo veían; y

todo el tiempo que no le ocupaba la obediencia en las cosas de comunidad, se estaba en el confesionario, confesando con grandísima continuación, porque deseaba la salvación de todos y sabía que la confesión es el medio necesario para reconciliarse con Dios el pecador, después de haberle ofendido con pecados actuales; y que no era tan presto el hombre en confesar sus pecados con las circunstancias que la verdadera confesión pide, cuanto es Dios en perdonarlos, según aquello que dice David:³ Confesaré a Dios mi injusticia, y tú, Señor, perdonaste la impiedad de mi pecado. Y de tal manera los acariciaba y consolaba a todos que siempre le buscaban para confesarse con él, teniéndolo por padre; cosa cierto muy necesaria para el confesor; porque de tal manera se le ha de reprehender la culpa al que peca que salga de la reprehensión enmendado y no obstinado; porque la medicina que se aplica a una llaga es para que sane y no para que más se emponzoñe. Y esto tenemos muy ejemplificado en el redemptor del mundo en muchos lugares de su Evangelio; y puede más la persuasión que se hace con palabras blandas y eficaces, que la que es hecha con severidad y crudeza; porque como la palabra de Dios es eficaz y cortadora (como dice San Pablo) dicha con grano de sal de prudencia, imprímese en las almas y corta lo dañado de lo podrido del corazón; y esto enseñan todos los hombres sabios que tratan esta materia. Y como dice Columela:⁴ No basta haber reprehendido al que ha pecado si no le es enseñado el camino recto por donde debe caminar; y esto debe ser hecho con prudencia, de la cual era dotado este bendito religioso, y con ella no sólo reprehendía las ofensas hechas contra Dios sino que también les aplicaba razones con que persuadía a la enmienda de las culpas. Jamás se vido su rostro turbado, antes muy amoroso y risueño, y así trataba a todos con grandísimo amor y suavidad de palabras. Era simplicísimo para las cosas del mundo; porque ni tenía natural para aplicarle a ellas, ni su vida en la religión, le dio lugar a saberlas. Fue maestro de novicios en el convento de San Francisco de la ciudad de Zacatecas, tres años, siendo custodia de esta provincia, donde crió hijos en la orden, enseñándoles mucha virtud y religión. Traía de ordinario un sayuelo de silicio a raíz de las carnes, y dormía sobre unas tablas rasas y tenía un palo por cabecera, sin otro refrigerio ni regalo. Era quebrado y afligiale mucho esta enfermedad; pero sufría los dolores con mucha paciencia, dando gracias a Dios porque así lo visitaba. En especial mostró este constantísimo sufrimiento en la última enfermedad que tuvo, de la cual murió, porque lo regaló el Señor con ella mucho tiempo; y aunque los dolores crecían nunca supo abrir su boca para quejarse, diciendo con el pacientísimo Job: Si recibimos de Dios los bienes a montones, ¿por qué también no sufriremos los males que nos envía? Era muy devoto de nuestra señora la virgen María, y así le rezaba muchas devociones; y cuando se hallaba muy agravado de sus dolores enviaba a llamar al vicario del coro, y le rogaba que le cantase sus himnos y antifonas; y cuando éste no podía, rogaba que otro religioso que estaba en el convento, de muy buena

³ Psal. 31.

⁴ Colum. lib. 7.

voz, se los cantase; porque con la suavidad de estas alabanzas se suspendía y alababa más vehementemente a Dios en sus dolores. Y como era de los del número de sus escogidos ordenó este amoroso padre de las misericordias que aquel largo purgatorio que tanto le había afligido en su larga y muy grave enfermedad se le acabase antes de morir. Y así sucedió, por disposición suya, que ocho días antes que muriese se le quitaron todos cuantos dolores le afligían y estuvo tan alegre y contento con ellos, como si mal ninguno hubiera padecido. Esto fue por todos los días de la Semana Santa, desde el Sábado de Ramos; y debía de querer la majestad de Dios que cuando se hacía memoria de los que Él padeció en la cruz por el hombre, como entonces nos lo representa la iglesia se suspendiesen en este su siervo para darle a entender que él los había tomado en sí, para aliviarle de ellos, como dice el Profeta. Murió el Sábado Santo y enterraron su cuerpo el domingo a la misa mayor, aplicándole los oficios de la Pascua, y vinole muy bien, según la opinión de santo que de él se tenía; porque como Pascua quiere decir tránsito, les pareció a los religiosos que tanto le conocían que el paso que hizo de esta vida mortal a la inmortal no había sido sino un tránsito breve de las penas de la vida a la gloria perdurable. Está sepultado en el convento de San Francisco, de la Ciudad de los Ángeles, donde murió; y todos los que lo vieron morir creyeron que luego le llevó Dios a hacerle compañía en la holganza de sus celestiales coros. Pusieronle en sus manos algún rato antes de su muerte una candela de cera bendita encendida; y aunque murió, nunca la dejó, por más de dos horas, hasta que para amortajarle se la quitaron. Fue súbdito, en la provincia de Valencia, del santo fray Pedro Nicolás Fator, de quien decía grandes cosas y muchas que de su santidad había aprendido; y siendo discípulo de tan gran santo, no era mucho que ayudado con la gracia de Dios, le imitase en mucho de la santidad que tenía. Murió a veinte y uno del mes de abril del año de 1590.

Fray Francisco de Ayala, lego, fue natural del Condado, en los reinos de Castilla, y tomó el hábito de religión en el convento de San Francisco de Mexico; ya hombre de madura edad comenzó su frailía con grande ejemplo y religión. Era de condición mansa y así era muy caritativo con todos. Comenzó luego desde sus principios a darse a la oración, cosa muy necesaria para el que quiere acertar a concertar su vida y hacerla grata a Dios, en la cual fue muy fervoroso. Después de maitines se quedaba en la oración por muy largo espacio, conservando esta perseverancia hasta que murió. Era muy penitente y castigaba con rigor su cuerpo y hacía muchas y muy largas disciplinas. Era muy callado y amigo del silencio; cosa muy enseñada en la religión; porque como dice Santiago:⁵ Sea el hombre diligente para oír, pero muy tardo para hablar. Y San Isidoro⁶ dice: Sean muy pocas tus palabras y quita lo más que pudieres del hablar, porque no se excusa de culpa el mucho decir; y el hombre hablador es necio; porque el discreto y sabio usa de pocas palabras. Y en

⁵ Epist. Iac. 1.

⁶ Div. Isidor. Solil. q. 4. cap. 31.

otra parte dice: El que no reprime las palabras ociosas, fácilmente pasa de ellas a otras más de riesgo y peligrosas. Esto guardaba este bendito lego, como si lo hubiera aprendido en los lugares citados; aunque es de creer le enseñaría Dios esta doctrina, como hombre que cursaba en su escuela y que se preciaba de su humilde y callado discípulo; porque en la escuela de Dios se enseña mucho más perfectamente que en la de Platón aquella doctrina del silencio en los principios del saber, donde primero enseñaba aquel filósofo a callar, que a hablar y a olvidar la mala doctrina que se traía aprendida de otras escuelas; y olvidada ésta, introducía en su nuevo discípulo la que sentía por más segura, cierta y sana. Así que los primeros rudimentos que en las escuelas de Dios se aprenden son la humildad y el silencio; y sobre estos principios de maravillosa virtud sienta Dios la eficacia de su doctrina y saca hombres muy aventajados en esta ciencia de santidad, como se verifica en este bendito lego que, callando y oyendo (como dice San Gregorio), se hizo sabio. Era grande trabajador y con esto excusaba la ociosidad y huía de toda murmuración que es una de las siete cosas que dice el Sabio⁷ que aborrece Dios. Tenía este santo lego hecha hermandad espiritual don otros dos religiosos de su mismo espíritu; el uno de los cuales, llamado fray Bartolomé de Heredia, enfermó de un mal agudo y grave, de que murió en el convento de Toluca, donde fray Francisco de Ayala era morador; y llamándolo el enfermo al tiempo de su muerte le dijo: hermano fray Francisco, ya sabe que somos hermanos y que la verdadera hermandad es para la muerte; y pues me muero, encomiéndeme a Dios y no se olvide de sí mismo, que en este mismo año ha de morir; palabra rigurosa y sentencia de mucha consideración. Murió el religioso sacerdote y fueron de tanta impresión para el lego sus palabras que, como si fuera este aviso de algún ángel del Señor, así las creyó; y desde entonces prosiguió su vida con doblados ejercicios en la virtud del los que hasta allí había tenido; y después de maitines nunca salía del coro, y se ponía en cruz, sintiendo en esta manera de orar los dolores que Cristo señor nuestro padeció crucificado en ella. Ocho meses o nueve pasados del aviso que el difunto le dio se ejecutó la sentencia divina, muriendo este penitente religioso, porque murió día de Todos Santos, a primero de noviembre del año de 1601, habiendo muerto el dicho fray Bartolomé de Heredia la Cuaresma antes del mismo año. Y quiso Dios, para nuestra piadosa fe, que muriese tal día, para que se entienda que le dio gloria cuando la iglesia celebra la de Todos los Santos en común, donde a las vueltas de tantos, su bendita ánima mereciese el mismo premio. No estaba prendado este temeroso religioso de las cosas de esta vida, como lo están los que por amarlas y tenerlas se deshacen del verdadero amor de Dios, y de su servicio; los cuales, como prendados de ellas, nunca tienen orejas para oír los avisos del Señor; y cuando están asidos de su justicia, no se persuaden a que lo es, pero aun aborrecen a los que con ánimo cristiano quieren desengañarlos. Éstos son de los que dice el Profeta que enfadados de las amonestaciones de los siervos de Dios y sus ministros, dicen: habladnos cosas de gusto

⁷ Prov. 6.

y de placer (como quien dice) y no las de temor y desconfianza. Éstos son también los que considera el Espíritu Santo, que dicen:⁸ Breve es el tiempo de nuestra vida y muy cercado y rodeado de hastío y enojos, y en nada tenemos refrigerio; por lo cual concluyen luego diciendo: Venid y gocemos de las cosas deleitables de la vida presente, y usemos de todo a nuestra voluntad; untémonos con unguentos preciosos, mezclados de almizcle y ámbar; bebamos buenos vinos adobados; no se nos pase la flor de la vida sin el regalo de estas cosas; coronémonos con rosas, antes que se marchiten y no haya campo ni prado que no corramos, viviendo suelta y lujuriosamente. Pues viviendo esta vida lo semejante y deseando permanecer por mucho tiempo en ella, ¿cómo es posible que presten el ánimo y las orejas para oír lo contrario de ella? ¿Cómo querrán creer que en el menosprecio de todas estas cosas está la salvación y la bienaventuranza? Pues apercíbanse los semejantes que así viven asidos de estas cosas engañosas del mundo, para oír aquella rigurosa sentencia que se dio al otro rico del Evangelio, que se deleitaba en la muchedumbre de sus posesiones y riquezas, sin acordarse de Dios y de sus juicios diciéndole: Necio, mal aventurado, esta noche te será quitada el ánimo del cuerpo y morirás y ejecutará Dios en ti, con penas de infierno, el castigo merecido por tus malas obras, pues viviendo no quisiste creer el engaño grande que consigo traen las cosas percederas de esta vida, ni menos quisiste oír a los pregoneros de Dios, que son los que te aconsejaban el bien y te abominaban y contradecían el mal; y estás tan ciego que aun para haberte de decir al tiempo de tu muerte que te confieses es necesario que sea por mil rodeos; y no son menos necesarias las astucias y cautelas para persuadirte a que hagas testamento y dispongas lo forzoso de tu vida. Bienaventurados aquellos que oyendo tratar de la muerte no sólo no se turban ni amedrentan, pero suspiran por ella, como San Pablo que dice: Deseo morir y estar con Cristo; y se alegran en pensar que se acaba esta vida mortal a cuyo fin y acabamiento comienza la inmortal y eterna. Y cuando esta voz de la muerte suena en los oídos de los siervos de Dios, no es para temer el mal, sino para apercibirse mejor para el bien, doblando el ejercicio de sus buenas obras y disponiendo la lámpara de su ánima para la venida del esposo a la media noche de la muerte, para que hallándolo apercibido suba con él a los gozos perdurables de las soberanas bodas; como le sucedería a este apercibido lego, después que fray Bartolomé de Heredia a su muerte le leyó la citación de la determinación divina, diciéndole que aquel mismo año que él moría, había de morir. Murió finalmente como vivió; y en su muerte y después de ella le llamaba santo todo el pueblo, y siempre fue tenido en esta opinión de todos. Murió en Toluca y está enterrado junto a fray Bartolomé de Heredia, que era también religioso de muy buen espíritu.

⁸ Sap. 2.